

CAPITULO LXXXIX.

Viaje á España de Berghes y Montigny.—Esfuerzos de la duquesa de Parma para impedir un levantamiento.—
Doble de Felipe II.—Estalla la rebelion.

IMPOSIBLE parece que reinando en los ánimos la agitacion que entre los flamencos habia, sin tropas españolas en el país que pudieran imponerse á este por la fuerza; escasas y no de muy buen espíritu las indígenas, aunados nobles y plebeyos é identificados sus intereses por el peligro que cada cual corria, retrasárase tanto y tanto tiempo un movimiento al cual por de pronto ningun obstáculo podia oponerse; y solo se explica por la prudencia y firmeza de la Gobernadora, por el temor que la idea de los recursos de que podia disponer Felipe inspiraba, y por tratar solo aun la mayor parte de los magnates de obtener la concesion de sus exigencias, sin entrar mas que en muy contado número de cabezas el pensamiento de emanciparse del dominio español, ya para acogerse á otro soberano, ya para vivir en independencia.

El 2 de abril de 1556 Brederode y Luis de Nassau, hermano del príncipe de Orange, entraron en Bruselas con doscientos ginetes, y fueron á parar á casa de este último; tras de ellos vinieron al día siguiente los condes de Vande, Berghes y Calembourg con ciento cincuenta caballos, y todos reunidos propusieron presentar á la duquesa Margarita un memorial esponiendo sus necesidades y deseos. Comprendió esta lo que para su autoridad pudiera haber de depresivo en tal alarde de fuerza, y, usando de la firmeza de que tantas pruebas habia dado, manifestó que nada escucharía si los peticionarios no se presentaban desarmados; hicieronlo así estos, y Brederode á nombre de todos expuso sus peticiones, que eran las mismas de que varias veces hemos dado cuenta, retirándose despues con respuesta de la Gobernadora de que en breve contestaría á su demanda. Dióla efectivamente pocos días despues, dando esperanzas á los peticionarios de que la Inquisicion seria abolida, reformados los edictos y perdonados cuantos habian tomado parte en las últimas turbulencias, pero manifestando que en todo esto necesitaba proceder con anuencia del Monarca; y á fin de imponer á este de lo que acontecia, é impetrar su venia para hacer dichas concesiones, acordó enviar á España al baron de Montigny y al marqués de Berghes, por mas que las cartas que por este tiempo recibia del Rey le dejasen muy poca esperanza de conseguir su objeto.

Por aquellos días tomaron los confederados la extraña denominacion de *mendigios*, que tuvo su origen en lo siguiente:

En la audiencia de que antes hicimos mencion presentáronse los coaligados, dice Lafuente, «sin insignias ni condecoraciones, y todos con unos sencillos trajes grises; el conde de Berlaymont, del partido del Rey, á quien la Princesa confió la alarma que aquello la causaba, quiso tranquilizarla diciendo: «Señora, no son sino unos pobres mendigos: *Ce ne son que de gueux* (1).» Hizoles gracia el nombre á los de la liga, y en sus banquetes brindaban gritando: «¡Vivan los mendigos! ¡*Vivent les gueux!*» Tomáronlo, pues, por divisa, y todos los confederados adoptaron un tosco vestido gris, y andaban con una alforja al cuello, unas escudillas de palo á la cintura, y una medalla al pecho que representaba en el anverso la elicie de Felipe II con el mote: *En todo feles al rey*; y en el reverso dos manos sosteniendo una alforja, con el lema: *Hasta llevar la alforja*. Las escudillas, que al principio eran de palo, las llevaron despues de oro los jefes de los confederados.»

Llegaron á Madrid los comisionados, y recibíolos el Monarca tan afablemente como con Egmont habia hecho, pero les entretuvo largo tiempo sin darles respuesta alguna definitiva, y entre tanto en Flandes aumentaba la agitacion; por todas partes las predicaciones protestantes y los pasquines, libelos y proclamas encendian los ánimos; doscientos nobles pedian desde Saint-Frond la reunion de los Estados generales; masas numerosas de pueblo recorrian las calles de varias ciudades cantando los salmos de David con la glosa luterana, y en no pocas partes se verificaban tumultuosas juntas de ocho, diez y doce mil personas, y la princesa Margarita representaba una y otra vez á Felipe la necesidad que habia de tomar una pronta y definitiva resolucion.

La conducta de este, ante las representaciones de su tia y la marcha de los sucesos, era de una doblez ineficaz y de una inconveniencia extraordinaria.

Mandábala que no accediese á la convocacion de los Estados, pero sin dar á entender que tenia orden suya para ello. «Vos no lo consentireis, la decia, ni yo lo consentiré tampoco, pero no conviene que eso se entienda allá, ni que vos teneis esta orden mia, sino es para lo de agora, pero que la esperais para adelante, no desesperando ellos para entonces dello, aunque, como digo, yo no lo haré, porque entiendo muy bien para lo que se pretende, y por esto mismo no he querido permitirlo antes.» Dábala tambien permiso para conceder indulto á los sublevados, y al par reunia al duque de Alba, el Dr. Martinez de Velasco, el licenciado Francisco de Menchaca y el notario Pedro de Hoyos, y ante ellos levantaba acta declarando que no habia obrado libre y espontáneamente, y por lo tanto, no considerándose obligado, se reservaba el derecho de castigar á quien lo hubiese merecido. Ofrecia asimismo abolir la Inquisicion, y acerca de esta promesa escribia á un embajador en

(1) *Gueux*. El que así los llamó quiso significar, segun la Princesa decia en sus cartas, *pobres ó mendigos con puntas de vagamundos*.

Roma que «por la priesa que dieron en esto no hubo tiempo de consultarlo á Su Santidad como fuera justo, y quizá abrá sido así mejor, pues no vale nada sino quitándola Su Santidad, que es quien la pone; pero en esto conviene que haya el secreto que se puede considerar.» Y finalmente, á la vez que no desesperanzaba á los flamencos, respecto á la tolerancia religiosa, añadia en la ya dicha carta á su embajador en la corte pontificia: «Y así podreis certificar á Su Santidad que antes de sufrir la menor quiebra del mundo en lo de la religion y del servicio de Dios, perderé todos mis estados y cien vidas que tuviese, porque yo ni pienso ni quiero ser señor de herejes... y si no se puede remediar todo, como yo deseo, sin venir á las armas, estoy determinado de tomarlas, y ir yo mismo en persona á hallarme en la execucion de todo, sin que me lo pueda estorbar ni el peligro, ni la ruina de todos aquellos países, ni la de todos los demás que me quedan, á que no haga lo que un príncipe cristiano y temeroso de Dios debe hacer en servicio suyo.»

Semejante conducta habia de dar al cabo sus resultados; sea que la ambigüedad empleada por Felipe al hacer las concesiones no complaciera á los flamencos, sea que estos penetraran alguna de las intenciones del Monarca, el hecho es que la tempestad largo tiempo contenida estalló al fin.

«En Saint-Omer, en Iprés, en Amberes, en Gante, en multitud de ciudades flamencas, casi á un mismo tiempo y en unos mismos días, fueron furiosamente asaltados é invadidos por frenéticas bandas de herejes los templos, destruidas las santas imágenes, hechos pedazos los altares, hollados los tabernáculos y los vasos sagrados, quemados los libros del oficio divino, los ornamentos y vestiduras sacerdotales, destrozados los órganos, los púlpitos, los preciosos cuadros, los objetos todos del culto, ó con impío furor, ó con sacrilego escarnio. Sobre cuatrocientas iglesias sufrieron los rigores del mas desatado vandalismo. Entrábase las turbas de tropel en los conventos, y los frailes eran lanzados de allí con groseros insultos, ó los golpeaban y apedreaban. Las vírgenes abandonaban desfavoridas sus religiosos asilos, guareciéndose cada cual donde creyera estar mas escondida y segura. En los varios días que duró la destruccion, la profanacion y el saqueo, los magistrados no dieron señales de querer emplear su autoridad para reprimir los desórdenes ni castigarlos; condujéronse casi todos ó como cómplices, ó como cobardes, y el país estuvo á merced de los amotinados hasta que sus mismos caudillos los mandaron cesar, creyendo que ya en adelante nadie se atreveria á molestarlos en materia de religion. La Regente envió á algunas partes las pocas tropas de que podia disponer, y en otras exasperados los católicos se levantaron á su vez contra los profanadores y destructores de sus templos, y dentro de los templos mismos se herian, mataban y degollaban herejes y católicos con igual rabia y exaltacion. La misma Princesa regente, sabedora de que habia en Bruselas mas de quince mil protestantes, intentó dos veces huir de aquella ciudad y refugiarse á Mons, y en ambas la disuadieron de ello el de Orange, el de Egmont y otros magnates, y aun le cerraron las puertas de la ciudad para que con su fuga no crecieran mas la anarquía y los desórdenes (1).»

La Regente, obligada, por decirlo así, á permanecer en la ciudad, reunió el Senado, y entonces tuvo ocasion de ver que una gran parte de la nobleza era adicta al Rey, protestando de su afecto Mansfeld, Noircarmes y otros, todos pertenecientes á las clases mas elevadas y que disfrutaban de mayor prestigio.

Tanto Orange como Egmont expusieronle que antes de ocuparse de la cuestion religiosa estaba la conservacion del estado, para cuyo efecto seria muy conveniente la reunion de los Estados generales, y máxime cuando esto era lo que pedian las provincias.

Y tal era este deseo, y á tal extremo habian llegado las cosas, que las mismas provincias estaban resueltas á reunirse por su propia autoridad.

El día 23 de agosto la Gobernadora expidió un edicto por el cual accedia á tolerar el culto mientras los amotinados depusieran sus armas, y no promoviesen escándalos ni desórdenes, y mientras el Monarca no resolviese otra cosa de acuerdo con los Estados generales.

El día 13 de setiembre escribia la Gobernadora á Felipe pintándole de un modo verdaderamente alarmante el estado del país que á cada instante aumentaba su malestar.

Muchas eran ya las veces que le decia noticias semejantes, mas las de esta fecha revestian un carácter de gravedad tal, que necesariamente debian impresionar al Monarca español.

Le instaba para que fuese cuanto antes á Flandes, único medio para evitar los progresos del mal, pues si este viaje se diferia dos meses no mas, todo se perderia, añadiéndole que desconfiaba del príncipe de Orange, de Egmont y de Horn, así como de muchos de los gobernadores de las provincias, por cuya razon tenia miedo de confiarles el mando de las tropas que habian de ir contra los amotinados, y que en Francia, Inglaterra y en varios puntos de Alemania se reclutaban soldados para los confederados, y se reunian; concluyendo con la descripcion respecto al estado de Flandes, la cual no podia ser mas desconsoladora.

(1) Lafuente, *Historia de España*.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, OLMO 23

EL DUQUE DE ALBA.

Riera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.

CAPITULO XC.

Extraña conducta de Felipe II.—Los confederados se preparan á resistir.—El duque de Alba es nombrado jefe del ejército que ha de operar en Flandes.—Disgusto que semejante nombramiento produjo.

SIGUIENDO Felipe II la misma línea de conducta que hasta entonces observara, limitóse á responder á la Regente, en 1.º de octubre, que agradecía sus esfuerzos y aprobaba las determinaciones que habia tomado; que si desconfiaba de los gobernadores los depusiera lo mas políticamente posible, reemplazándolos con personas que mereciesen su confianza; que levantara, si lo juzgaba preciso, tropas de caballería é infantería; que economizara el dinero que la enviaba, pues la situación del Erario era, como siempre, apurada; que cuidara de no mandar á las poblaciones que permanecían fieles, y eran católicas, hombres de dañado espíritu que pudieran soliviantarlas; y, finalmente, que su marcha á Flandes no era por el momento factible, pues se hallaba enfermo de tercianas.

Nada se adelantaba por lo tanto en la pacificación del país, lejos de esto cada vez se enardecía mas la lucha, y hasta las mismas mujeres tomaban en ella parte. Tal sucedió en Amsterdam donde las católicas se arrojaron sobre los herejes que habian apedreado á los frailes Franciscanos, y en Delft, donde las protestantes penetraron en un convento de la misma Orden, y destruyeron cuanto hallaron á mano, obligando á ocultarse á los religiosos.

Nada lisongero era en verdad el presente, pero el porvenir presentábase aun mas sombrío y amenazante, pues así los del uno como los del otro bando buscaban apoyo en sus correligionarios de otros países, y los protestantes de Inglaterra, Suiza, Francia y Alemania, y los católicos franceses y alemanes se disponían á tomar parte en la contienda, y á hacer de Flandes el palenque donde habia de decidirse cual de las dos creencias, la católica ó la reformada, habia de quedar triunfante. Isabel de Inglaterra apoyaba á los rebeldes, y Carlos de Francia protegía á los leales, mientras Maximiliano, sucesor de Fernando en el trono de Alemania, si bien se mostraba mas afecto á estos, limitaba su papel al de mero mediador, y pugnaba mas por llegar á una avenencia, que por decidir la cuestión por el triunfo de uno de los dos partidos.

De todo ello, así como del carácter cada vez mas sangriento y enconado de la lucha, daba repetidas y minuciosas noticias la Gobernadora al Monarca, y este acordó al fin enviar á Flandes un ejército de españoles, italianos y alemanes y así se lo manifestaba á aquella en 29 de noviembre de 1566, añadiendo que no juzgaba llegaría á ser necesario, pues no era creible que los flamencos se empeñasen en entablar una lucha tan desigual, y respecto de su viaje que estaba resuelto á verificarlo; mas no debia tener una gran prisa, toda vez que al mismo tiempo escribía al cardenal Granvela, que esperaba para ponerse en marcha que tuvieran lugar las deliberaciones de las Cortes que habia convocado para diciembre.

Equívocose Felipe en juzgar á los rebeldes atemorizados por el envío de fuerzas á Flandes, pues lejos de eso reuniéronse en Termonde, al tener noticia de ello, los nobles descontentos, y aunque allí ninguna resolución adoptaron, acordaron al fin, en otra nueva reunion habida en Amsterdam, dirigirse primero al emperador Maximiliano para que intercediese con Felipe á fin de evitar la venida á Flandes de tropas extranjeras, y si esto no les fuese concedido, apelar á la fuerza y oponerse al paso de las tropas reales por la Saboya; coligáronse con la plebe flamenca, y deseosos de que las sectas que dentro de la Reforma habian nacido no fuesen un obstáculo á sus proyectos, redactaron una profesion de fe á la que transitoriamente habian de acomodarse todos.

Ya las consideraciones habian desaparecido por completo al perderse la esperanza de llegar á una pacífica resolución, y las medidas enérgicas que la Gobernadora hubo de tomar para ver de atajar el incremento de la rebelion, sin conseguir el objeto que se proponía, sirvieron solo para indisponerla con los descontentos, que ya no la guardaban las atenciones que hasta entonces, y públicamente decían que, pues ella acudia á la fuerza, sabrían demostrar que fuerza tenían tambien ellos, y el mismo príncipe de Orange la manifestó abiertamente que no habia mas recurso para poner en paz á Flandes que permitir la mas completa libertad de religion.

La Princesa regente no sabia qué hacer para impedir los males que preveía, causando asombro, como dice un historiador, aquella paciencia y perseverancia de que dió tan repetidas muestras, así como aquella incansable laboriosidad por medio de la cual procuraba, bien reunir los recursos que necesitaba, bien inclinar el ánimo de Felipe á que fuese en persona á tratar de corregir el mal, ó bien de atraerse partidarios quitándoselos á la causa de los descontentos.

Para demostrar el impropio trabajo de la Regente, bastará transcribir el siguiente párrafo de una carta de su secretario Armenteros á Antonio Perez, secretario de Felipe II:

«No sé como vive esta señora, decía aquel, solo la sostiene ya la confianza en la pronta venida del Rey. Yo temo que contraiga alguna grave enfermedad á consecuencia de tantas penas y tantos sinsabores como sufre incessantemente. Hace mas de tres meses que se levanta antes de amanecer, y los mas de los días tiene Consejo por mañana y tarde; el resto del día y de la noche le invierte en dar audiencias, en leer cartas y avisos que recibe de todas partes y contestar á todo (1).»

(1) Archivo de Simancas, Estado, Legajo 531.

A esto, como dice muy bien Lafuente, podia haber añadido tambien que empleaba gran parte del tiempo que para su descanso necesitaba, en escribir al Rey, su hermano, pidiéndole ayuda y diciéndole los medios que se podían emplear para conjurar el daño, cartas á las cuales Felipe ó no contestaba, ó si lo hacia, era diciendo lo que no tenia propósito de cumplir.

A fin del año 1566 no tuvo ya otro remedio que hacer levas para reunir fuerzas con que poder atender á varios puntos para sujetar á los revoltosos, y esto unido, como ya hemos dicho, á otras medidas de rigor, ponían la situación cada vez mas tirante.

Los predicadores protestantes aumentaban con una rapidez extraordinaria, y á pesar de los edictos y de los rigores empleados con ellos encontraban medios siempre de seguir haciendo una propaganda que daba fecundos resultados para la causa que sustentaban, resultados que, como puede comprenderse muy bien, eran terriblemente amenazadores para el poder de Felipe II.

Los rebeldes habian procedido en poblaciones de tanta importancia como Amberes á formar consistorios, nombrando sus magistrados y constituyendo su forma de gobierno como si hubieran ya roto por completo la obediencia del rey de España y fuesen ellos los dueños absolutos del país.

Las órdenes de la Regente eran desobedecidas, se desafiaba su poder, y la insurreccion cundía rápidamente, pues no se contaban con elementos suficientes para dominarla.

Todas estas circunstancias hicieron comprender á Felipe II que la situación era verdaderamente grave, y reuniendo su Consejo consultó sobre la determinacion que convenia adoptar, y decidióse al fin por el parecer del duque de Alba, que, como sabemos, estaba por sojuzgar á los flamencos por medio de las armas. En su virtud hizo todos los preparativos necesarios para el envío de un ejército, en la próxima primavera, y confirió su mando como general en jefe al mismo duque de Alba, de cuyas determinaciones dió cuenta en 31 de diciembre de 1566 á la duquesa de Parma, renovándola al propio tiempo la promesa de ir en persona á Flandes, segun ella repetidas veces le pedía, y segun todos le aconsejaban, así los próceres flamencos como los españoles é individuos de tanta importancia como el cardenal Granvela; y el papa Pio V, sucesor de Pio IV, desde enero de aquel año, que no cesaba de advertirle que si pronto no se presentaba él mismo á calmar las turbulencias de los flamencos «Flandes perdería la Religion, el Rey perdería á Flandes.»

A todos respondía el Monarca que estaba decidido á verificar el viaje; dábales palabra de llevarlo á cabo brevemente, y, sin embargo, continuamente lo retrasaba, dando con esto pábulo á la desconfianza; mas reunidas en diciembre, como en otro lugar apuntamos, las Cortes de Castilla, manifestó solemnemente ante ellas su resolución de marchar á Flandes en vista del estado del país, y entonces ya se creyó seguro su viaje, que, sin embargo, no solamente no realizó entonces, sino que ni despues tampoco llevó á cabo, faltando así á sus repetidas promesas, y á lo que la mas elemental prudencia aconsejaba.

Háñle querido disculpar algunos autores pretestando que no tuvo lugar su marcha, porque inquietábanle ya por entonces los moriscos de la Península y las desconfianzas que la conducta del príncipe Carlos, de quien en su lugar trataremos, le inspiraban, pero ni una cosa ni otra son, á nuestro modo de entender, aun dándolas como ciertas, razones bastante poderosas para dejar de tomar una resolución que tan unánimemente se le aconsejaba, y de la cual pendían tan grandes intereses como el esplendor de la Religion, y la conservacion de un pingüe estado.

Tan aplaudida hubiera sido su decision de ir á Flandes, como mirado fue con general disgusto el nombramiento del duque de Alba para general en jefe del ejército que habia de operar en aquel país; y todos, hasta la Princesa regente, manifestaban su descontento. Esta comprendía sobradamente cuán amenguada iba á quedar su autoridad y prestigio, y los flamencos por su parte no desconocían ni el carácter ni las tendencias del duque de Alba, y por una y otra cosa comprendían cual era el camino que con ellos se proponía seguir el Monarca, camino, en verdad, bien diferente del que convenia seguir, al decir de las mas importantes personas de aquel tiempo, que con todo y tener tan grandes motivos de resentimiento contra los rebeldes escribían en 13 de abril de 1567 á Felipe II: *De la cual (de la clemencia) es muy necesario que V. M. use, y que antes dexé sin castigo muchos, que dar castigo y pena á los buenos que no lo merecen, antes galardon (1).* Palabras extrañas en boca de quien tan ofendido estaba, y que prueban que debia estar muy convencido de la necesidad de seguir tal línea de conducta.

Pero hizo Felipe de estos consejos el mismo caso que de las exhortaciones para que fuese á Flandes habia hecho; siguió haciendo preparativos para enviar el proyectado ejército, y mas por las dificultades y dilaciones, que siempre en casos tales ocurren, hubo de dilatar su envío hasta principios de mayo del referido año 1567, en cuyo intermedio ocurrieron en Flandes algunas novedades de las que es menester demos cuenta á nuestros lectores.

(1) Carta de Granvela al Rey.—Archivo de Simancas, Estado, Legajo 505.



J. SERRA, LIT.

LIT. VIDAL, Q. M. 89

TOMA DE VALENGIENNES.

Hiera, Editor, Barcelona, Robador, 24 y 26.